

# Nicaragua

Early Childhood Play in Nicaragua

Maria Shier, with Harry Shier



When I was about five years old my sister Aurora and I loved to play at dressing up like mama. We especially loved click-clacking unsteadily around the house in her high-heeled shoes. This was in the 1980s and new shoes were scarce, so mum forbade us to play with her high-heels. So we got a couple of big roofing nails (used for securing the corrugated iron roofs of Nicaraguan houses) and knocked them through the heels of our shoes to make our own high heels. The shoes were ruined, but we didn't mind, as for us the play was more important.

The impulse to play drives young children the world over, and is only snuffed out by extreme mistreatment or trauma. This is certainly true in Nicaragua, where small children are surprisingly wily when it comes to creating their own play in the face of adult disapproval and probable tellings-off.

Nicaragua is a desperately poor country and one consequence of this is the prevalence of child

labour. However, children are rarely sent out to work before six or seven years of age (I started work at seven), so at least for the youngest children this is not yet an issue. The main problems for younger children are lack of parental understanding of the importance of play, and, especially for girls, a reluctance to let them out of the house. In rural areas, children often have more freedom, as the two main fear-factors for parents in the industrialised world, namely road traffic and "stranger-danger", are virtually non-existent.

Like almost everywhere these days, early childhood education is advancing in Nicaragua. A "preschool" experience is considered valuable in preparing children for primary school, and there are community pre-schools in most communities, attended by 54% of 4-6 year-olds. Here children participate in pre-academic activities like learning to form their letters and count up to ten, alongside playful activities with a mainly socialising intent. There may

be a small amount of free play at break time, but little is done to foster this as it is not particularly valued. Preschool educators are not professionally trained. They are mainly teenage girls who themselves may not have been to secondary school. They are paid US\$25 per month.

However, pre-schools are generally morning only, so the children still have their afternoons free for their own play activities, subject only to the restrictions on movement imposed by parents and carers. As we have seen, children have many ways to get around these, or simply ignore them, so the growth of the adult-defined early-learning agenda is not (yet) our principal concern in Nicaragua.

And yes, we do see a positive role for the pre-school education worker beyond preparing children for primary school. Large group activities help with social learning. Educators can reinforce safety messages, warning about the risks of contaminated water, or accepting sweets from strangers. They can help restore the right to play to disabled and abused children and others with specific needs.

But when it comes to defending the right to play in Nicaragua, the most urgent task has to be parent education, because in normal circumstances the role of the adult is not to help children play, much less to try and make children play. The role of the adult is to *let* children play.

*Both Harry and Maria work for the Centre for Education in Health and Environment in Matagalpa, Nicaragua. (CESESMA Photos printed with permission of CESESMA)*

# Nicaragua

El Juego en la Niñez Temprana en Nicaragua

Maria Shier, con Harry Shier



Cuando tenía algo de 5 años de edad, a mí y mi hermana Aurora nos encantaba jugar a vestirnos como mamá. Sobre todo nos encantó andar "clic-clac" por la casa en sus zapatos de tacones. Esto era los años 80 y nuevos zapatos fueron escasos, así que mamá nos prohibió jugar con sus tacones. Entonces, conseguimos un par de grandes clavos (como se usan para componer los techos de zinc de las casas nicaragüenses) y los pegamos a través de las suelas de nuestros zapatos para hacer nuestros propios tacones. Se arruinaron los zapatos, pero no nos importó, porque para nosotras lo importante fue el juego.

El impulso a jugar anima a los niños y niñas pequeños/as en todo el mundo, y solo se lo extingue por el maltrato o trauma más extremo. Por cierto esto es la verdad en Nicaragua, donde los niños y las niñas pequeños/as son sorprendentemente astutos al crear sus propios juegos frente la desaprobación y los probables regaños de los adultos.

Nicaragua es un país desesperadamente pobre, y esto tiene como consecuencia la prevalencia del trabajo infantil. Sin embargo, rara-

mente se manda a los niños/as a trabajar antes de los 6 ó 7 años de edad (yo empecé a trabajar a los siete años), así que a menos para los niños y las niñas más pequeños/as, esto todavía no es su problema. Los problemas principales para los niños/as pequeños/as son que sus padres y madres no entienden la importancia del juego y, sobre todo para las niñas, una preocupación por no permitirles salir de la casa. En zonas rurales los niños/as a veces tienen más libertad, ya que los dos principales factores de miedo para los padres y madres del mundo industrializado, es decir el tráfico y las personas extrañas (desconocidos), casi no existen en las comunidades.

Hoy en día la educación temprana está avanzando en Nicaragua, como en todas partes el mundo. Una experiencia de "preescolar" se considera valiosa en preparar a los niños/as para la escuela primaria, y hay preescolares comunitarios en la mayoría de las comunidades, donde asisten el 54% de los niños/as de 4 a 6 años de edad. Allí los niños/as participan en actividades pre-académicas como aprender a formar sus letras y contar hasta diez, al lado de actividades lúdicas

con propósito principalmente de socialización. Puede ser un poco de juego libre durante el receso, pero se hace poco para promoverlo, porque no se lo da mucho valor. Las educadoras de preescolar no reciben formación profesional. La mayoría son mujeres adolescentes quienes podrían ni haber asistido a la secundaria. Se les pagan US\$25 por mes.

Sin embargo, el preescolar se da solo por las mañanas, así que los niños y las niñas todavía tienen sus tardes libres para sus propias actividades de juego, limitadas solamente por las restricciones de movilización impuestas por sus padres o ellos/as que les cuidan. Como hemos visto, los niños/as tienen muchas maneras para evitar estas, o simplemente no hacen caso. Por eso, el crecimiento de la propuesta de educación temprana definida por adultos todavía no es nuestra preocupación principal en Nicaragua.

Sí, por supuesto vemos un rol para la educadora de preescolar en Nicaragua, más allá de preparar a los niños/as para la escuela primaria. Las actividades organizadas en grupos ayudan con el aprendizaje social. Pueden reforzar mensajes sobre salud y seguridad, avisando sobre los riesgos de agua contaminada, o de aceptar dulces de personas desconocidas. Pueden contribuir a restituir el derecho a jugar a los niños/as con discapacidades, niños/as abusadas y otras con necesidades especiales.

Sin embargo, cuando hablamos de defender el derecho a jugar en Nicaragua, la tarea más urgente debe ser la educación de los padres y madres, porque, en circunstancias normales, el rol de la persona adulta no es ayudar a los niños/as a jugar, ni menos mandarlos a jugar. El rol de la persona adulta es dejar a los niños/as jugar.